

Aberastazun azkortuak urretutendau sakué.



LA CODICIA ROMPE EL SACO.

Chomin Mallortu y Joane Urigoyena, vecinos ambos de la antegulesia de Dima, éste carbonero é inquilino de la casería de Iturriondo-goitia, y molinero aquel, de la de Errotakoechea, estaban unidos desde la infancia por amistades tan estrechas, que nunca se dió el caso de que faltasen en la taberna de Pachikóa al anochecer de los dias festivos, para engullirse un chispeante bacalao en salsa roja remojado con sendos tragos de vino, que les ponía las cabezas tan bien coronadas de pámpanos y adormideras, que cuando se retiraban á sus casas iban haciendo los más graciosos traspies hasta topar con la cama, sobre la que caían desplomados, vestidos é inertes.

Bajaba Joane de carbonear en el alto de Bizkarrégui entrada la noche de un sábado del mes de Junio, cuando al pasar por delante de Errotakoechea vió en la puerta á su amigo Chomin tomando el fresco en mangas de camisa.

—Kaišo Chomin, le dijo, abrazándole con el mayor contento y como si hiciese mucho tiempo que no le habia visto.

—Kaišo, le replicó Chomin recibíéndole en sus brazos, aunque asombrado de tan extremado saludo.

—Hombre, me ha pasado un suceso tan extraordinario cerca de la ermita de Santa Lucía, que me guardaría muy bien de contártelo si no fueras quien eres.

—Pues ¿qué te ha pasado, querido Joane?

—Ya sabes que entre Santa Lucía y Santa Agueda está la *landa* de Ondanégui: pues en ella y conforme bajaba por el atajo de las Peñas, oí una música tan extraña, que tanto por su sonido como por los que la producian y lo solitario del sitio, he pasado un miedo de dos mil demonios.

—¿Y quiénes la tocaban?

—Hombre, si es cosa de espantar! Nadie la tocaba: la cantaban unos guizonchoas (enanos) agarrados por las manos formando rolde, al compás que les marcaba otro más grande y viejo, colocado en el centro.

—¿Cómo puede ser eso, Joane, si es imposible?

—Pues yo te digo que no lo es, porque lo he visto.

—¿Has bajado á Izurza?

—No: ¿por qué me lo preguntas?

—Porque podías haber visitado á Mari-Anton, sin recordarlo, y bebido un buen trago de pitiquín.

—Si te digo que no, hombre, que yo mismo los he visto y que estoy sudando por lo mucho que he corrido para que no me descubriesen y alcanzáran.

—Pues mira, si he de creerlo, es preciso que yo mismo los vea: mañana es domingo, y si quieres, te convido á comer en Izurza para bajar al anochecer por Santa Lucía á Ondanégui.

—Bueno, pues hasta mañana.

Y así se separaron los dos amigos; uno, fuertemente impresionado todavía y seguro de que no era ilusión lo que sus propios ojos habian visto; y otro, seguro tambien de que su honrado compañero, sin recordarlo, y con el calor del día, se habia escurrido á la taberna de la posadera de Izurza, donde mojó la palabra algo más de lo necesario.

Amaneció el siguiente día con sol tan claro y resplandeciente, que antes de que dorase las cumbres de Cobalde y Artemin, ya los dos amigos se habian reunido bajo el pórtico de la iglesia, en la que oyeron la primera misa. Y despues de desayunarse y de proveerse de un pan cortado en dos, con tres *lukainkas* (longanizas) en el medio, tomaron la calzada de Indusi hasta Bargondía, llegaron paso á paso al alto de Obas donde hicieron boca con ellas y un cuerno de chacolí, y bajaron á Izurza para comer en casa de Mari-Anton.

Parecia natural que en un paseo tan largo y escabroso como el que separa á Dima de Izurza, atravesando la pequeña llanada de Ondanégui, recordase Joane á Chomin que aquel era el sitio en que habia visto á los guizonchoas con su jefe, cantando y bailando al sonido de la extraña música; pero ni uno ni otro lo recordaron, preocupados sin duda de la succulenta comida y excelentes tragos que les esperaban en la celebre taberna; porque así que traspasaron el límite más elevado del monte, lo bajaron precipitadamente hasta penetrar en ella, sin cui-

darse siquiera del espléndido y majestuoso panorama que desplegaba la naturaleza á sus ojos con los grandiosos y purísimos perfiles del Udala, Amboto, Mañaria y Altube, con el risueño valle de Durango, y en lontananza y confundidos por la bruma, con los valles de Asúa y del Ibaizabal, y con la mar sin fin, que cerraba el horizonte.

Bueno, pero muy bueno fué el atracon que se dieron los dos amigos en la posada de Izurza, y no fué peor la siesta que despues de él echaron á la sombra de los castaños que por todas partes les rodeaban; hasta que llegadas las cinco de la tarde en que despertaron y se des-perezaron á sus anchas, pagó Chomin religiosamente el gasto que habian hecho y comenzaron á trepar las célebres é históricas Peñas de la anteiglesia. Cuando llegaron á la ermita de Santa Lucía, y se sentaron para descansar un rato en el gran banco de piedra que está á su frente, y comenzaron los últimos crepúsculos de aquel hermoso dia, Chomin dijo socarronamente á Joane:

—Pronto verémos ya á los bailarines de Ondanégui, porque por aquí cerca debiste verlos anoche.

—Pues en eso mismo estaba ahora pensando, Chomin, créemelo, y tengo miedo.

—¿Y por qué has de tenerlo?

—Porque mira, cuando hay algun pecado que grita en la conciencia, y se presentan ocasiones en que la vida puede correr algun peligro, ó que lo tema al ménos, no hay poder ni remedio bastante para acallararlo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras el carbonero, cuando se oyeron á lo léjos acordes de tan extraña música, que el bueno é incrédulo Chomin quedó tan sorprendido como estupefacto. Apenas tuvo aliento para decir á Joane:

—Tenias razon; y ahora... ¿qué hacemos?

Entre tanto las sombras de la noche se precipitaban con rapidez sobre aquellas solitarias altitudes en que los dos amigos, sin el menor amparo, vieron acercarse á ellos apresuradamente una turba de enanos que cantaban y bailaban asidos por las manos. Y para que mejor fueran por ellos vistos, la luna que se abrió paso por las nubes en aquellos instantes, les permitió reconocer que eran de ambos sexos y que los mandaba y dirigía otro enano mucho mayor y muy anciano, cuya barba blanca que le cubria todo el pecho, le daba cierto aire de respeto y dignidad.

—Pasen ustedes, les dijo, señalándoles el centro del redondel y un vacío que abrieron los enanos para que por él atravesaran más cómodamente.

Chomin pasó sin titubear, descubriéndose y dejando caer las hermosas guedejas que cubrían su cabeza, según era entonces costumbre, y aun todavía lo es en algunos pueblos bizcainos: no así Joane, que cobarde por instinto y por naturaleza y con la conciencia algo apretada por el remordimiento que había revelado poco antes, se retiró, preparándose á huir de aquellas sitios. Pero comprendiéndolo así el jefe de la pequeña grey, levantó la voz y dirigiéndosela con tono muy imperativo, le mandó que imitase á su compañero, so pena de severo castigo, á lo que obedeció Joane descubriéndose también y dejando caer á su vez y sobre los hombros la más tupida y rizada cabellera.

Encerrados dentro del redondel los dos amigos, comenzaron de nuevo los enanos á cantar y á bailar con tal extremo, que la sorpresa y el temor á un tiempo se apoderaban de aquellos por instantes, llegando á su colmo al observar que el jefe sacó de la cintura un enorme cuchillo que afiló en una de las peñas que á su lado tenía, y que acercándose á Joane le cortó de un solo golpe y con la mayor destreza la melena, operación que repitió con Chomin, que estaba helado de los piés á la cabeza.

La música cesó: el enano dispensó la más agradable sonrisa á los sobrecogidos caminantes por no haberse opuesto á la monda de sus respectivas cabelleras, les encargó que llenasen los bolsillos de guijarros de la peña en que había afilado el cuchillo sin que los perdiesen, y que al volver á sus casas pasasen indispensablemente por delante de la Cueva de Balzola, que se hallaba al pié de la montaña, cerca de Dima y en su barrio de Indusi.

Así lo hicieron sin darse cuenta de nada, ni aun de los guijarros que habían recogido, apresurándose á abandonar aquel sitio en que acababan de experimentar tan crueles emociones. Bajaban, bajaban silenciosos la empinada cuesta, cuando al llegar al frente de la cueva de Balzola una mano invisible les hizo penetrar en ella, donde encontraron preparados dos grandes lechos de paja para que se acostasen, lo que hicieron en seguida quedando profundamente dormidos. pero también así que el nuevo sol derramó su primera luz en los umbrales de la cueva, despertaron medio tullidos, porque los guijarros que olvidaron sacar de los bolsillos se les hundieron en varias partes del

cuerpo, causándoles no poco daño. Iban ya á arrojarlos al rio, en el momento mismo en que notó Chomia que se habian convertido en pedazos de oro: y reuniéndolos cuidadosamente cada cual en su pañuelo, y contemplándolos largo rato con la mayor alegría, dieron á Dios las gracias más expresivas por la generosidad con que habian sido recompensados. Joane, sin embargo, no quedó del todo satisfecho, porque como era muy codicioso, renegaba de haber perdido ocasion tan propicia para llenar con ellos todos sus bolsillos y hasta el *kolko*: propuso, por lo tanto, á su compañero, volver á visitar á los guizonchoas, provistos de grandes sacos para recoger todos los guijarros que pudiesen caber en ellos; lo que no aceptó éste por estar muy satisfecho de la riqueza que á tan poca costa habia adquirido. Se marchó, pues, solo: subió á Ondanégui: llegó la noche con los enanos: pidióles permiso para recoger las piedras maravillosas; y concedido que le fué, bajó la montaña cargado con un saco bien repleto de ellas que le hizo sudar á mares por su enorme peso. Se acostó: esperó á la aurora para experimentar el sin igual placer de verlas convertidas en pepitas de oro; pero ¡cuál fué su dolor cuando observó que no habian cambiado de forma ni de color y que seguian siendo simples guijarros! Corrió á buscar los del dia anterior para hallar en ellos algun consuelo; pero le estaba reservada otra leccion más severa: estos guijarros habian vuelto á ser lo que fueron ántes de que llenase con ellos los bolsillos: guijarros pelados y limpios!...

Lloroso, desfallecido, prometiendo corregirse é inculpándose de su codicia, corrió á casa de Chomin á contarle su desventura: éste le consoló de la mejor manera que pudo, prometiéndole la mitad del oro que poseia.

La rondalla no dice en qué lo emplearon, ni si sirvió para aumentar las aficiones que Joane en particular dispensaba á la posada de Mari-Anton la de Izurza; pero lo que sí conserva es, que vivieron muy contentos y felices en sus casas de Errotakoechea é Iturriondo-goitia, y que desde entónces ni Chomin dió una sola vez sebo á las ruedas de su molino, ni Joanes volvió á cocer la más pequeña rama de carbon en los montes de Dima, de Yurre ni de Mañaria.

JUAN E. DELMAS.

